

A CINCUENTA AÑOS DE SU MUERTE.  
*VIENTOS DEL PUEBLO,*  
DE MIGUEL HERNÁNDEZ\*

---

El 26 de marzo de 1992 se cumplieron cincuenta años de la muerte del poeta Miguel Hernández. Que a esta distancia en el tiempo nos convoque este motivo, no deja de ser significativo en tiempos difíciles para los que siguen sintiendo el apetito de belleza, el ansia de libertad y justicia y el espíritu de lucha y sacrificio que tan ejemplarmente encarnó con su vida y su obra el poeta que hoy evocamos. Por ello, en tiempos de tantos derribes, levantar nuestra voz para recordar la altura humana y poética de Miguel Hernández será un acto de afirmación contra el derrotismo y el cinismo de quienes, en estos tiempos, abjurán de las más nobles banderas.

Así pues, preguntémosnos, primero, ¿quién era y cómo era Miguel Hernández? Tratemos de dibujar su perfil como poeta, como soldado de una causa justa y como hombre ejemplar, aunque se trata, en definitiva, de facetas de una misma personalidad.

Como poeta, es una de las voces más vigorosas de la poesía española contemporánea, no obstante que sólo dispuso de poco tiempo para hacerla sentir, pues murió a los treinta y un años. Hay que recordar que en los años de su producción poética, la poesía de lengua española contaba con voces tan altas como las de Pablo Neruda y César Vallejo, en América Latina, y las de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, en España. Aunque más joven que todos ellos, Miguel Hernández destacaba, con un

---

\* "La Jornada Semanal", suplemento cultural de *La Jornada*, núm. 172, 27 de septiembre de 1992.

sello propio, junto con ellos, por la fuerza, hondura e incluso por la violencia de su lenguaje poético.

Baste recordar, como ejemplo de su calidad poética, estos versos de *El rayo que no cesa*, escritos en vísperas de la Guerra civil:

Tanto dolor se agrupa en mi costado  
que por doler me duele hasta el aliento.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

Este libro, *El rayo que no cesa*, produjo una verdadera conmoción en 1936 en la juventud española, sedienta de buena poesía, no obstante los frutos que ya les había proporcionado la Generación del 27. (Por cierto, y con referencia a este libro deslumbrante, me decía hace poco el gran escritor mexicano Fernando del Paso, durante el pasado Coloquio de Invierno, que debía a la lectura de *El rayo que no cesa* el despertar de su vocación literaria.)

El poeta que así canta en este libro, apenas unos años antes, era un humilde campesino que tarde había aprendido a leer y que, fascinado por el hallazgo de poder hacerlo, se había devorado a todos los clásicos españoles de la Colección Rivadeneyra en la biblioteca de su pueblo. Y era asimismo el muchacho que había decidido dejar Orihuela y encaminarse a Madrid, todavía con su ropa de pastor, donde contó con la amistad y la ayuda de dos grandes poetas: Pablo Neruda y Vicente Aleixandre.

En el Madrid de los años treinta, en el que el hervor de las pasiones políticas se conjuga con una intensa vida cultural, cambian la poesía y la visión del mundo de Miguel Hernández. Deja atrás el clasicismo con que le habían marcado las lecturas

en su pueblo natal para hacer la poesía humana o “impura” que Neruda abanderaba desde la revista que había fundado: *Caballo Verde para la Poesía*. Pero deja también el catolicismo sincero e ingenuo y la quietud de su terruño y se alinea con Rafael Alberti, Emilio Prados y otros, con la causa de la libertad y la justicia, que se iba a poner a prueba en la tragedia, ya inminente, que iba a representar la Guerra civil.

Cuando estalla la sublevación fascista, para Miguel Hernández las cosas ya están claras. Está inequívocamente, desde el primer momento y en primer lugar como poeta, con la República agredida, con el pueblo español que tensa sus fuerzas contra el fascismo. Y produce la obra tal vez más importante de la Guerra civil, *Viento del pueblo*. El libro es un torrente de vida en medio de la muerte, un río de poesía entre el amor y el odio, pero sobre todo es la rotunda voz del pueblo, hecha poesía, sin caer nunca en la seducción de la consigna.

Todos sus versos responden a la profesión de fe como poeta que encabeza el libro:

A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otros, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantan otros de mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra [...] nuestro destino es parar en las manos del pueblo [...] Los poetas somos vientos del pueblo: nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sentimientos hacia las cumbres más hermosas.

Y todo el libro es la confirmación práctica, es decir, poética, en la que se conjuga la pujanza vital de sus versos, incluso con la perspectiva de la muerte, normal en tiempos de guerra:

Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene,  
y aquí estoy para morir  
cuando la hora me llegue  
en los veneros del pueblo  
desde ahora y desde siempre.  
Varios tragos es la vida  
y un solo trago es la muerte.

El poeta, aunque no lo descartaba, aún no podía sospechar que este terrible trago estaba cerca para él. Terminada la guerra, es detenido e inicia su peregrinación de cárcel en cárcel. Pese a los esfuerzos que se hacen por liberarle — particularmente los de Neruda —, los franquistas le dejan morir enfermo, en la prisión de Alicante, el 28 de marzo de 1942.

En la cárcel no ha dejado de escribir. Pero el tono de su poesía, como es natural, cambia. Ahora es de soledad, angustia, nostalgia, tristeza, pero sin dejarse arrastrar por un pesimismo que cierre toda esperanza. Por ello, en medio de la oscuridad de la cárcel, no todo en su alma es negrura, y puede escribir versos como éstos: “Sonreír con la alegre tristeza del olvido, / esperar, no cansarse de esperar la alegría”.

Y la esperanza resurge al llegarle a la cárcel la noticia del nacimiento de su hijo: “Él hará que esta vida no caiga derribada / pedazo desprendido de nuestros dos pedazos”.

Pero la muerte llega. Y he aquí, escritos en la pared de su celda, sus dos últimos versos: “Adiós, hermanos, camaradas, amigos, / despedidme del sol y de los trigos”.

Así, muere un poeta sólo por el delito de ser — como él había escrito — “viento del pueblo”.

Pero no sólo fue este viento como poeta. Durante la guerra, fue soldado de la 11a. División y comisario del V Cuerpo de Ejército, las mismas unidades militares en las que yo estaba, lo que me permitió tratarle personalmente. Con su verbo poético y su palabra — oral o escrita — contribuyó a elevar la moral del

combate de los soldados. Aún se conservan fotografías de él en algunos de los recitales que dio en el frente, y durante cierto tiempo yo conservé una en la que estamos conversando, en el frente de Teruel, con unos prisioneros. De aquella conversación recuerdo el tono sencillo, cordial, humano, dentro de su habitual medida, con que se dirigía a ellos.

Y esto me lleva a la última cuestión: ¿cómo era Miguel en persona? Su infancia, como pastor de cabras o limpiador de establos, había sido dura, y en un ser sensible como él dejó una huella de rebeldía contenida que no dejaba desbordar nunca por la esperanza y la alegría. Su vinculación campesina con la tierra nunca desapareció ni en su físico, ni en su carácter ni en su obra. Por ello escribe: “Me llamo barro aunque Miguel me llame. / Barro es mi profesión y mi destino, que mancha con su lengua cuanto lame”.

A Pablo Neruda le impresionó fuertemente este muchacho de Orihuela, recién llegado a Madrid con el olor fresco a tierra. Y lo ve — así lo describe — con su “cara de surco articulado”, o también con su “cara de patata recién sacada de la tierra”.

En Miguel Hernández, el poeta, el soldado de una noble causa — la de la libertad y la justicia — y la del hombre tierno y medido que incluso, en el odio y la protesta, mantiene su ternura — como en esa conversación con los prisioneros de guerra —, forman una unidad indisociable. Han pasado cincuenta años de su muerte. Y Miguel Hernández vive porque su poesía se mantiene viva en su cumbre, y porque vive la causa de la justicia por la que tantos hombres, como él lucharon y ofrendaron incluso su vida. A los cincuenta años de su muerte, la estatura poética y humana ha crecido. Y es justo por todo esto que, en tiempos de desencanto o repliegue de algunos o de cinismo y retirada indigna de otros, recordemos a Miguel Hernández para reafirmarnos en nuestra apuesta, a la que no renunciamos, por la verdad, la belleza y la justicia; es decir, por un mundo más humano, más libre y más justo como el que soñó el poeta de Orihuela.